

José Félix Valdivieso

GRITO DE AMOR

(Hacia una teoría general de las cavidades)

Ilustraciones: Miguel Panadero



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°122—

MADRID • MMXXII

De la obra © JOSÉ FÉLIX VALDIVIESO

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © ANTÓN ALVAR EZQUERRA

Ilustraciones © MIGUEL PANADERO

Edición ortostilística: LETICIA MERCADO

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Junio 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-21-1

Depósito legal: M-15292-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Todo es una broma.

—El filósofo que ríe, también
dit Democritus Junior, y el
erudito de las carcajadas de
Lánlǐng, *dixerunt*.

Reservado el derecho de admisión:
absténganse agelastas y alexitímicos.¹

1. Agelastas y alexitímicos: Los afectados por estos desórdenes psicológicos son incapaces de reír, en el primer caso, e incapaces de reconocer y expresar sus propios sentimientos, en el segundo. Ambos desórdenes son más comunes de lo que parece. La Dirección se siente obligada a establecer este derecho de admisión, en aras de la salud pública, y aun a riesgo de que este libro quede sin lectores. Como se verá más adelante, la salud es crucial en la cuestión amorosa (Cf. *Hacia una teoría general de las cavidades*, así como *Achtung!*, *Salud pública*, *¡Emergencia!*, y el epílogo, todos en este mismo volumen). En cuanto a Democritus Junior y el erudito de las carcajadas de Lánlǐng (también llamado *Loto dorado* o Jīn píng méi 金瓶梅) Cf. la parte final de *La cavidad del corazón*, pág. 58.



ANTES DE EMPEZAR

Prólogo

Antón Alvar Ezquerria

Por alusiones. Toma a modo de esqueleto de su libro mi buen amigo José Félix Valdivieso una conversación de sobremesa nocturna que mantuvimos algún día ya lejano y brumoso en San Petersburgo. Allí me hizo probar no sé cuántos vodkas distintos y yo no solo quise hacerme el entendido en alcoholes indígenas, sino que además me permití la osadía de soltar la teoría definitiva sobre el amor. La teoría de las tres cavidades. Una de esas cosas que conviene tener en el repertorio para salir airoso de situaciones en las que una amistad probada nunca te exige salir airoso. Pero se la solté. Y parece que se quedó ahí, en el fondo de su ancho pecho. Se me ocurrió en cierta ocasión en que una alumna nos anunció en ocasión distendida a otros compañeros suyos y a mí mismo que se iba a casar... y acto seguido me pidió mi opinión. Yo no conocía a su novio y le dije que nada tenía que opinar, pues no era cosa mía; pero de inmediato añadí: «pero ya que me lo preguntas, sí voy a opinar». Se hizo un inquietante silencio y continué: «¿Le has hecho a tu novio la prueba de las tres cavidades?... Si no le das un aprobado al menos en todas y cada una de ellas, no deberías casarte. ¿O te subirías a un avión si supieras que de sus tres motores solo funcionan dos?». Tras explicarle rápidamente cuáles eran esas tres cavidades —aquella en la que reside la razón, la otra en la que se cobijan los afectos y la última en la que sienta sus reales la pasión—, se quedó pensativa unos segundos y respondió con absoluta seguridad: «Sí, me voy a casar con él». Tan

solo me quedó mascullar: «Si una de las tres cavidades no funciona, es seguro que la unión irá mal; si las tres van bien ahora, no es seguro que la unión funcione. Así de extrañas son las cosas del amor». No sé qué habrá sido de ellos, pero ojalá les haya ido como entonces soñaban.

Y va José Félix y se pone a escribir sobre el amor en sus esquivas facetas. El amor, nada menos. Dicen algunos expertos eruditos en asuntos literarios que solo hay tres temas sobre los que conviene construir una historia para que interese al lector: el amor, la muerte y el viaje; y si se es lo suficientemente hábil como para entretener esa historia con los tres ingredientes a la vez («texto» y «tejer» tienen la misma etimología), las posibilidades de éxito se incrementan de modo exponencial. El lector avisado sabrá encontrar numerosos ejemplos de ello, llámense la *Odisea* o *El Quijote*, la *Divina Comedia* o *Romeo y Julieta*... Los guionistas cinematográficos también lo saben bien: *Memorias de África* o *Titanic* son buenas pruebas de lo mismo. Pero precisamente por eso es tan peligroso acudir a esos temas y, en particular, al del amor. A mí, que nunca he escrito poemas en serio y menos de amor ni a los quince años ni después (lo siento, Mari Trini) y que no puedo evitar, dada mi condición de profesor, enjuiciar los ensayos de aprendices de escritor que con frecuencia me llegan a las manos, me gusta decirle a quienes se inician jóvenes en las lides de la creación literaria: «Ni se te ocurra escribir poemas de amor». Y me miran extrañados, como preguntándose: «¿Acaso es posible escribir sobre otra cosa?» Y yo les insisto: «Deja ese tema para el final; pruébete con cualquier otro antes». Entiendo que la arrebatadora experiencia del amor primero empuja a ese abismo. El resultado es, en el mejor de los casos, un *déjà vu* patético; y si además el aprendiz se ha dejado llevar por el peligroso sendero de lo que se suele entender por poesía, ese sendero que convierte al que

lo transita en un «juntapalabras», el fracaso está garantizado. Recuerdo a este propósito un epigrama de nuestro Marcial, el mejor creador de miniaturas literarias (y que se quiten de mi vista esos «microrrelatos» que tan de moda están ahora), en el que advertía a un joven que pretendía abrirse camino en el mundo literario de la vieja Roma del siglo I (*Epigramas* III, 38): «Estás loco: todos esos que se mueren de frío bajo sus capas son Ovidios y Virgilio». De acuerdo. Mala cosa es eso de tratar a toda costa de seguir las huellas de los grandes... Y peor aún es no seguirlas.

Sí, peor aún es no seguirlas. Un día fue un joven poeta con sus cuartillas rellenas a pedir la opinión del poeta consagrado; él le dijo que volviera unos días después. En la segunda cita, el ansioso preguntó: «¿Qué le han parecido mis versos?» Y el poeta le preguntó: «¿Quiénes son sus maestros?». El joven se apresuró a responder con seguridad y autoestima: «No, yo soy autodidacta». «Pues qué mal maestro ha tenido», respondió el veterano, dando por zanjada la crítica. Sí, a Dalí lo echaron de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1926, pero lo pudieron echar *porque estaba dentro*. La escuela es necesaria, y luego que venga el que pueda y la supere; pero es necesaria. Y para escribir poesía, además de las muy instructivas escuelas de creación literaria que tanto proliferan ahora, frecuentemente con el rimbombante nombre de «Taller de escritura», alusivo a su falso carácter manual (¡por Dios, qué lejos han quedado ya los antiguos *vates*, intermediarios de los dioses y los hombres!), es preciso disponer de al menos tres cosas: experiencia vital, lecturas abundantes e inspiración. De nuevo, tres motores para comenzar la navegación por los aires de las Musas. Si uno de ellos falla, tenemos un grave problema.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el libro de José Félix, que es de lo que toca hablar? Cualquiera que lo conozca,

sabe bien que nuestro autor ha frecuentado largos años dos de esas escuelas, la de la vida y la de las lecturas. No es ya un mozalbete hiperventilado de amores y convencido de su adánica experiencia. Es la suya una experiencia madura que si se somete impúdica al escrutinio público, es porque quiere y le divierte; es un hombre muy viajado por geografías insólitas y por humanidades muy concretas. Él conoce de primera mano tanto como para darle el título de «Máster en Cosas de la Vida». Y además, a pesar de su actividad laboral, que le lleva por derroteros poco literarios, es un lector voraz y constante de anchos horizontes en los que se encuentran por igual los escritores de la China mandarina o los antiguos griegos, los rusos clásicos o los altivos escritores anglosajones, que hoy se creen y son los amos del mundo tan solo por escribir en inglés, pues, bien mirado, no son más listos que otros. Y por supuesto, devora también nuestros clásicos. Pero además —y eso sí que es insólito— es capaz de leer a todos esos autores en su propia lengua. Sí, en su propia lengua, en chino o en ruso, en inglés o en lo que sea. Eso sí que es insólito, ¿no te parece? Y ojo, que él me dijo en cierta ocasión: «Hay gente que con hablar el inglés, además de su lengua, se cree listo, y lo único que demuestra es que es tonto en varias lenguas». José Félix no tiene un pelo de tonto, hable y lea la lengua que hable y lea, pues sabe empaparse de todo aquello que, desde la vida, desde los libros, le colma su curiosidad implacable. De ahí le nace la tercera pata de su banco creativo: la inspiración. Y por eso le dejamos que se ponga a escribir sobre el amor; él ya tiene suficientes galones para hacerlo. Y me gusta cómo lo hace, pues integra todo eso que vengo diciendo (mirad cómo desfilan por sus páginas Hans von Liebermann, Spinoza, Santa Teresa, Kant, la Emperatriz Wu Zetian o Wu Zhao, Artemidoro, Hanna Arendt, Pascal, Izumi Shikibu, Murasaki Shikibu, Gilda, Friné o la furibunda vizcondesa de

Châtellerault por no citar sino a unos cuantos de los personajes que frecuenta José Félix) con mucho sentido del humor, unas veces sutil, otras no tanto, que no es mal ingrediente para el regocijo. Lo dice de modo explícito y bien clarito, desde el principio del todo: «Reservado el derecho de admisión: absténganse agelastas y alexitímicos». Porque en este libro aprenderás, querido lector, que «la miocardiopatía de Takotsubo, también conocida como disfunción apical transitoria, discinesia (o disquinesia) apical transitoria, síndrome de balonamiento apical transitorio, síndrome del corazón roto, o miocardiopatía por estrés, es un tipo de miocardiopatía no isquémica en la que hay un repentino debilitamiento temporal del miocardio»; o que «un bicho más o menos cercano a nosotros, como la hembra del macaco de Gibraltar, copula con todos los machos adultos de su grupo, y se da el gusto de hacerlo a los ojos de los otros machos, sin ninguna intención de esconder nada». ¿Acaso es posible saber qué es el amor o, simplemente, acaso es posible hablar de él si no sabes estas cosas? Y es que hay por ahí mucho listillo. Y fíjate en esta otra: «nadie quiere un amante alemán, salvo sus compatriotas, ya afectadas de esa *maladie du coeur*, que por otra parte, no impide a estas preferir la expresión francesa, porque ¿quién quiere sufrir una *Herzkrankheit*, que más bien suena a fábrica mecanizada, que a cosa de amor?».

Mas insisto: la erudición innegable del autor está machaconamente trastornada por el humor, porque solo así es posible la alquimia de la creación. ¿Alguien se ha parado a pensar que cuando Dios descansó al séptimo día, lo hizo para tomarse un buen trago mientras se reía de las travesuras de su Creación? Y es que crear es hacer cosas. Por eso, José Félix no solo crea poemas sino que, como esos poetas alejandrinos y los otros tardoantiguos a los que servilmente siguió Apollinaire,

les da forma visual, mostrándose fiel devoto de los *carmina figurata*. Detengámonos, por ejemplo, en esa *Gilda*. ¿Acaso no ves ahí a la inmortal Hayworth, transformada en picante aperitivo de barra de bar madrileño? Y mira esa ¡*Copa del mundo!*. O la boca de *Pensamiento*, presta a exhalar *un inmenso grito*.

Como es natural, ese saber especial, aquilatado y contrastado de mil maneras, alcanza su verificación máxima, su prueba del nueve como se decía antes, en su célebre ecuación del Enredo: « $E = XsC^2$, donde el magno enredo mayúsculo (E) es igual a la masa de la Experiencia sentimental (Xs), multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz (C^2)». Si alguien, tras esa impecable y limpia demostración, sigue teniendo dudas sobre el asunto, será mejor que lo deje.

Y, por fin, si a alguien no le gusta lo que lee en estas páginas, que no me diga que no disfruta con las magníficas ilustraciones de Miguel Panadero que las adornan. Anda, ve y compra este libro. Y, si ya lo has comprado, prepárate un buen gin-tonic sin frutas ni verduras, siéntate y disfruta leyendo.

ANTONIO ALVAR EZQUERRA

NOTA DEL AUTOR

Años atrás, en un bar de San Petersburgo, para algunos la patria del amor romántico, Antón Alvar me habló de su teoría de las tres cavidades. Si no recuerdo mal, lo hizo para contestarme sobre mi propio estado sentimental. Por más que hago esfuerzos para recordar exactamente qué es lo que le dije para provocar esa contestación, no lo consigo ni tampoco lo consigue él, aunque sí vengan a la memoria Anna Ajmátova y Marina Tsvetáyeva. En cualquier caso, lo que retuve fue su teoría, por la que existen tres cavidades, a saber, la de la cabeza, el corazón, y el sexo, que es preciso conjugar y cultivar coordinadamente, en grados y dimensiones particulares, propias de cada relación, para llevar cada una de esas relaciones a buen puerto.

Bien sea porque *el amor es un universo sin confines precisos* que abarca las galaxias tanto de la ternura y el cariño como las del odio y la nostalgia —como tan bien recoge en su libro *Poesía de amor en Roma*²— o bien por el hecho de que uno recuerda cosas simplemente por el afecto y respeto que profesa a quien nos las dice, el caso es que nunca he dejado de darle vueltas a su teoría. De modo que cada vez que he tenido una relación sentimental, no he parado de preguntarme cómo andaban mis maltrechas cavidades. No obstante, nunca pensé en escribir sobre ellas.

Durante este relámpago viral, de aspiración universal, se me cruzó un día un grito, que dije, de amor. Ni siquiera guardo una fecha precisa de cuándo lo escuché, salvo que para el 4 de

2. Cf. *Poesía de amor en Roma*, edición a cargo de Antonio Alvar Ezquerra. Madrid: Akal. 1993. Pág. 7.

abril tenía escrito el texto *Hacia una teoría general de las cavidades*, y diez poemas, entre los que estaban *Gilda*, *Horrorosa felicidad*, *Ecuación sentimental*, *A word...* el propio *Grito de amor*, y el epígrafe del libro, que para mí es de gran importancia, *Todo es una broma*.

Lo que sí recuerdo es que a partir de aquella fecha el asunto comenzó a cobrar más cuerpo y sentido, y no me quedó más remedio que continuar escribiendo para intentar encontrarle un final a la broma, a sabiendas de que mientras haya intento, hay esperanza, en la incertidumbre del punto en que una cosa se acaba. «Solo la muerte dice con franqueza— y no a quienes con ella se van: únicamente a los que aquí se quedan tras su paso— que algo terminó», escribe Eloy Sánchez Rosillo³.

Es necesario recordar que, en torno a esa fecha, invité a Miguel Panadero a ilustrar estas páginas, como hemos hecho en libros anteriores. Solo puedo añadir que ha sido un gusto contar con él para seguir adelante en la búsqueda del fin.

Por último, si todo va más o menos bien, en algún bar de un nostálgico Madrid, nos volveremos a ver.

12 de mayo de 2020

3. Cf. Comienzo del poema *No saber*, de Eloy Sánchez Rosillo, *Confidencias* (Antología poética). Sevilla: Renacimiento. 2006. Pág. 204.

HACIA UNA TEORÍA GENERAL
DE LAS CAVIDADES

Es muy difícil salir del rincón en el que vivimos. Es casi heroico bucear en la cueva que llevamos dentro, ese laberinto de cavidades que nos oculta, y sacar a la luz todas aquellas cosas que nos preocupan o nos importan. Y cuando lo conseguimos, resulta que tenemos que enfrentarnos a un batallón de palabras que no todo el mundo entiende igual y que cobran su propia vida una vez que salen de nuestra boca. Un enredo, por decirlo fácil.

Para complicarlo un poco más, añádele al enredo un carácter sentimental e intenta decirle a alguien *Te quiero*. Entonces, el problema, en origen lingüístico, se convierte en lingüístico-sentimental, socio-sentimental, económico-sentimental *und so weiter*. Se convierte —decía— en un enredo de magnitud inmensa, en un auténtico amor, expresado en la compleja ecuación del enredo: $E = XsC^2$, donde el magno enredo mayúsculo (E) es igual a la masa de la Experiencia sentimental (Xs) multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz (C^2)⁴.

Obviamente, la velocidad de la luz ya es una cifra astronómica y su cuadrado resulta inconcebiblemente mayor. En consecuencia, una diminuta cantidad de masa o experiencia sentimental (Xs), multiplicada por el cuadrado de la luz (C^2), genera una fuerza de Enredo descomunal. Por si no se entiende antes del ejemplo, aquí van algunos.

La energía contenida en la masa de un lichi daría para abastecer de energía a toda una megalópolis como Pekín. Pues bien, tal es la cantidad de energía contenida en cada uno de los

4. Los lectores habrán inmediatamente reconocido las similitudes de la fórmula del Enredo, $E = XsC^2$, con respecto a la fórmula de la relatividad de Einstein, $E = mc^2$. Pues bien, no se trata de similitudes, simplemente la fórmula del Enredo está basada en esta última. De ahí gran parte de la importancia de la teoría de la relatividad, tanto general, como especial.

enamorados; los científicos denominan *Acto de sesgo atencional inconsciente* al hecho de que una enamorada/o no pueda evitar desviar la mirada hacia especímenes atractivos del sexo opuesto (o del mismo), porque ve en cada uno de ellos a su pareja, circunstancia que suele causar enredos de considerable magnitud.

Otros estudios científicos señalan que cuando se está enamorado, cuando se vive el amor, el corazón enamorado adapta el ritmo de su latido al de la persona amada. «¿En fin, quién no ha oído que en estado de amor los recursos cognitivos se concentran básicamente en la persona amada, resultando difícil enfocarse en otra cosa que no sea El Acto? En plata, que uno se vuelve medio tonto», explica Hans von Liebermann, profesor asistente de la Universidad de Heidelberg.⁵

No es extraño que se oigan las más inverosímiles historias de alcoba asociadas a personajes que, en un principio, uno diría que son incapaces de romper un plato. Rompen, sin embargo, la vajilla entera de tu casa y la de la vecina, si el amor está de su parte. «El Amor lo vence todo, dejémosnos vencer por él» (*Omnia vincit Amor: et nos cedamus Amori*), escribió Virgilio⁶.

Hasta aquí nos hemos hecho una idea de la inmensa energía que liberan las fuerzas del amor cuando entran en acción —nuclear, que dirían algunos—, pero nada se ha dicho acerca de cuáles pudieran ser las claves del éxito de una relación amorosa. La cuestión es de apremiante interés general pero espinosísima, por lo que no deja mucho margen para el optimismo, como pudiera ocurrir con otros enigmas científicos o humanos. Por ello, nos limitaremos a presentar tan solo una de las múltiples teorías existentes al respecto. No hace

5. El profesor Karl Richter era de la misma opinión, pero quiso expresar su opinión solo *off the record*.

6. Cf. *Egloga X, Bucólicas de Virgilio. Obras completas*. Madrid: Cátedra. 2016. Pág. 174.

falta decir que es la que ofrece el modelo más claro y práctico de aplicación, a nuestro juicio, y no es otra que la Teoría de las tres cavidades.

Antes de adentrarnos en qué consiste esta teoría, es crucial señalar que el principio que la fundamenta es el de que *la naturaleza aborrece el vacío*, como sostenía Rabelais. Siglos atrás, el gran Aristóteles ya había formulado, en el libro IV de su *Física*, su convicción de la imposibilidad de la existencia del vacío, en contra de lo que sostenían los atomistas, que afirmaban que los átomos se mueven en un vacío infinito. Para entendernos, Aristóteles venía a decir que lo que está hueco hay que llenarlo.

Con objeto de no extendernos más, diremos que la teoría proclama que desde el punto de vista sentimental hay en el cuerpo humano tres cavidades fundamentales, a saber: la cavidad de la cabeza, la cavidad del corazón, y por último, la cavidad del sexo.⁷ Es muy aconsejable, que las cavidades se encuentren al máximo de su capacidad, lo más llenas posibles: en números, que el 33,3 por ciento, correspondiente a cada cavidad, esté rindiendo al 100 por ciento.

El éxito de una relación amorosa está, obviamente, basado en llenar estas cavidades o vacíos obteniendo una puntuación relativamente alta en cada uno de los *tests* de las mismas para que la media sea satisfactoria. En cualquier caso, la regla de oro es que la mínima puntuación de cada uno de los test de cavidad, sea 4,5.

Recurramos de nuevo a un ejemplo. Si a un individuo el corazón y la cabeza le laten a plena capacidad, y luce sendos dieces en sus respectivos tests mientras se le encasquilla la cavidad del sexo, porque ha obtenido una calificación de cuatro,

⁷ Hay quienes señalan que la cavidad del sexo es más patente en las féminas, contra lo que pudiera parecer a primera vista por razón de la más visible protuberancia masculina.

digamos, no cubrirá los mínimos estándares de la calle (la llamada *Street credibility*) exigidos en estos menesteres, por lo que más tarde o más temprano esta cavidad sexual terminará pasándole factura a su relación, generalmente manifestada en el surgimiento de relaciones paralelas⁸. Lo mismo ocurriría con el suspenso en cualquiera de los otros *tests*, con la salvedad de que, en el caso comentado, la falla sexual suele llevar aparejado cierto escarnio público.

Creemos que queda así más o menos esbozado el mecanismo de funcionamiento de las cavidades, y como en todo, se recomienda equilibrio como madre de todos los remedios. Además, es muy de tener en cuenta que la vida se compone de tres factores absolutamente básicos, en estricto orden: salud, dinero, y amor. Esto por decir que los problemas amorosos, aunque den muchos quebraderos de cabeza, realmente son problemas de diletantes, que se embrollan en ellos, las más de las veces sin sentido del humor, para darle color a los verdaderos problemas, que son los de la salud y el dinero.

En las siguientes páginas, agruparemos los poemas según su cavidad predominante. No hace falta decir que algunos podrían pertenecer a dos cavidades o incluso a las tres simultáneamente. Muchas veces en la vida las zonas grises dominan el conjunto. De modo que esperemos que un excesivo rigor en el afán racional clasificatorio no estropee el buen funcionamiento de este marco teórico, como tantas veces ocurre. ¿Dónde colocarías, por ejemplo, esta *Gilda*, este *Hotel*, o esta *Libertad*?

8. «Si se imagina que otro se une a la cosa amada en virtud del mismo lazo de amistad —o por otro aún más estrecho— que aquel mediante el cual estaba en nuestra sola posesión, se será afectado de odio hacia la cosa amada, y se envidiará a este otro», escribe Spinoza (Cf. *Ética, Del origen y la naturaleza de los sentimientos*, teorema XXXV. Madrid: Clásicos Bergua. 1967. Pág. 221.

G I L D A

A Esther, Hernán & Luis Raúl

Aceituna,
anchoa,
guindilla,
Gilda,
femme fatale
que diste origen
salado,
verde,
y picante,
como una bofetada
sin guante,
a ese norte,
y a ese sur,
conjunto
de amor y odio,
de Empédocles,
íclito profeta
en el arco del tiempo,
de la invención
de un país,
que la
eufonía
llama
Españas,
ese grito de amor,
Gilda.